

TERESA OBESA:
SIN KILOS, SÍ HAY PARAÍSO

María Teresa Pérez Cruz

“En el nombre llevas la penitencia”, me dijo alguna vez mi madre, quien por experiencia propia aseguraba que las teresas sufrían mucho a lo largo de su vida. “Para empezar, tu nombre empieza con ‘t’, que simboliza la cruz del martirio de Jesús, y llevas el nombre de la santa (Teresa de Jesús) que padeció tremendas enfermedades mientras vivió. Claro, lo que no se te da es la humildad y la religiosidad.”

Siempre que ella repetía esta sentencia, me horrorizaba, pues, en efecto, mi vida no ha sido miel sobre hojuelas y tampoco he tenido madera de mártir; más bien me han considerado una rebelde sin causa.

Desde que nací, mi madre temía que muriera como mi hermana Margarita, quien falleció de un año de edad debido a enfermedades gastrointestinales y a la falta de recursos económicos.

Al morir ella y nacer yo, ocupé el cuarto lugar en la lista de los siete hijos que procrearon Teresa y Serafín, migrantes originarios de los estados de Hidalgo y Michoacán, respectivamente, establecidos en la naciente Ciudad Nezahualcóyotl, “la ciudad del cambio”, como algunos políticos nombraban a este desolado municipio del Estado de México donde no crecían con facilidad las flores ni los árboles por el exceso de salitre de sus tierras, donde el viento levantaba lo mismo terrales que los techos de láminas de cartón de las humildes viviendas.

Como les decía, mi madre temía perder a la única niña que había parido, pues sus tres primeros hijos eran varones y ella deseaba tener una aliada, alguien con quien platicar y que la acompañara el resto de sus días. Con los hombres no era igual, no podía confiarles ciertas intimidades como a una hija. Pero la niña Tere salió enfermiza, y durante mi primer año de vida las visitas al hospital eran frecuentes, ya por diarreas constantes o por enfermedades respiratorias graves.

Al cumplir los tres años de edad empezaría mi verdadero martirio. Según me contó mi madre, una tarde en que ella preparaba los alimentos de la familia, me puse furiosa porque tenía hambre y no estaba listo el atole de avena que me preparaba para la cena. Como no me hacía caso, aproveché un descuido de ella, tomé una pequeña silla que me compró mi padre, la acerqué a la estufa, me trepé y jalé la olla donde se cocía el atole. Cuando mi madre escuchó mi llanto de dolor, descubrió que me cubría el cuerpo un líquido blanquecino e hirviente que me hacía gritar a todo lo que daban mis pulmones. Ella sólo atinó a echarme encima una sábana blanca y salió corriendo conmigo en brazos. Se dirigió al hospital Gabriel Mancera del IMSS para que atendieran mis quemaduras que, por fortuna, no marcaron mi cara, aunque sí mi brazo izquierdo, e hicieron que se me cayera todo el cabello, las cejas y las pestañas, que crecieron bien algunos meses después.

A raíz de este incidente, mi madre descubrió mi afición a la comida y lo difícil que sería controlar mi apetito.

Durante mi convalecencia alguien me tomó una foto entre las plantas y piedras amontonadas del patio de mi casa, parecía una niña de Biafra, pelona, flaca y con el vientre abultado como los niños desamparados del continente africano.

Lo del raquitismo no duró mucho, pues cuando ingresé a la escuela primaria empecé a lucir una figura redonda y a

padecer sofocones debido al exceso de peso y al soplo al corazón que me detectaron los médicos del Centro de Salud que visitaban con frecuencia la escuela. Tanto mis maestros como los médicos, aconsejaban a mi madre sobre el tipo de alimentos que debía consumir y los ejercicios que debía realizar para bajar de peso. Era muy difícil para mi madre, con el raquítico gasto que mi padre le proporcionaba para los alimentos de la semana, comprar lo necesario para llevar una dieta balanceada. El dinero sólo le alcanzaba para comprar carne una vez a la semana, cuando bien nos iba. Los platillos frecuentes eran el arroz, los frijoles, las papas y, por supuesto, una buena cantidad de tortillas (cuatro kilos por día). Con tantos hijos, lo urgente era llenarlos más que nutrirlos.

El ejercicio no era mucho problema, en aquel llano salitroso lo que nos sobraba era espacio para jugar y correr. En una ocasión mi padre compró una bicicleta usada y me la regaló, feliz la recibí y la monté de inmediato. Más tarde organicé con los niños de mi calle una carrera que me traería consecuencias graves. A mitad de la calle se encontraba un hoyo profundo lleno de agua de lluvia que no percibí cuando pasé con mi bicicleta cerca de él. Sin medir consecuencias, seguí pedaleando con fuerza con la intención de ganar la carrera a los otros niños, y cuando el hoyo apareció frente a mí, era demasiado tarde. Caí dentro con todo y bicicleta, el golpe fue brutal, me desmayé y, por suerte, no me ahogué porque mis amigos corrieron a avisar a mis padres del accidente.

Mi padre me sacó del hoyo empapada y maloliente porque el agua estancada por días apestaba horriblemente. Me llevaron con el anciano médico de la colonia, quien dijo que tenía varios moretones y una muñeca fracturada. Por si fuera poco, enfermé de los bronquios, tenía pesadillas recurrentes donde me veía siempre llena de lodo y con dificultad para respirar. Por supuesto, mi bicicleta quedó destrozada,

mi madre nunca permitió su arreglo; de hecho, la vendió al señor que compraba fierro viejo.

A los ocho años de edad, mi madre me inscribió en el catecismo. Me recomendaba no comer mucho para que bajara un poco de peso y pudiera lucir el vestido de primera comunión que mi tía Chelo cosería para mí. Aunque la ilusión era grande, más lo era mi apetito, y lo de lucir el vestido se convirtió en un sueño que no se cumplió.

Cuando descubrí que mi padre tenía otra mujer y que se había ido de la casa para vivir con ella, pensé que aquel abandono era algún castigo divino por no controlar mi gula, uno de los siete pecados capitales, como decía el padre Pedro, párroco de la iglesia de mi colonia. Después me di cuenta de que el verdadero castigo fue su regreso a la casa debido al séptimo embarazo de mi madre, quien se había enterado de que Lucía, su rival, estaba embarazada y había que actuar ante la amenaza de quedarse sin marido.

Al volver mi padre, nuestra tranquilidad se vio aniquilada. Siempre gritaba y exigía atenciones de rey, se enojaba por todo y discutía por cualquier cosa que no le gustaba. Teresa, mi madre, hacía honor a su nombre, decía que debía aguantar a mi papá porque era la cruz que Dios le había impuesto, porque nosotros necesitábamos a nuestro padre en casa y porque era su deber mantenerlo ahí al precio que fuera.

Yo no aprobaba su teoría. Fuera de la necesidad económica que él satisfacía, su presencia no me era indispensable; es más, me provocaba un miedo desmesurado que calmaba, frecuentemente, con comida. Solía asaltar la cocina por las noches, que era cuando mi cabeza hacía conjeturas y me provocaba insomnio. En ese entonces los psicólogos no estaban de moda, así que mi problema con la comida siguió creciendo sin control, y a los catorce años pesaba noventa kilos. Pensar en una fiesta de quince años era una locura, no sólo por la

falta de dinero, sino por lo difícil que sería adelgazar para lucir un bonito vestido y para que los chambelanes de honor pudieran cargarme a la hora del vals.

Como la mayoría de las adolescentes, soñaba con el día de mis quince años, con la pachanga donde sería el centro de atención y bailarías todas las piezas de cumbia y salsa que me encantaban con los galanes del barrio que estaban de moda, pero mi sueño se volvió pesadilla, pues mi prima Malena también cumpliría quince años, sólo que un mes antes, por lo que ella decidió, para darme en la torre debido a nuestra rivalidad, festejarlos el día de mi cumpleaños e invitar a Gerardo y a todos los chavos que me gustaban para que fueran sus chambelanes.

Sus padres le concedieron el capricho y yo sólo tuve por festejo una comida donde el platillo especial fueron unos quelites fritos con cebolla y una salsa verde que mi mamá guisó para que comiéramos con mi tío Fer, su hermano, y mi tía Chelo, quienes me llevaron de regalo una pequeña cámara Kodak 110 con la que me estrenaría como fotógrafa.

Lo de la cámara me emocionó mucho, pero no lo suficiente como para olvidarme del deseo que tenía de disfrutar de un platillo especial. Por la noche, mi mente repasaba todos los guisos que se me antojaban, especialmente el mole verde que mi madre guisaba magistralmente cuando contaba con un extra de dinero. Dice el dicho que “a falta de pan son buenas las tortillas” y me conformé con robar de la vitrina de la cocina un pequeño frasco de mayonesa que comí con los frijoles negros que doña Cata, madrastra de mi madre, le llevó por la tarde.

El lunes posterior a la fiesta, durante el recreo escolar, Malena mostraba orgullosa a sus amigas algunos de los regalos que le dieron sus invitados, entre ellos una hermosa blusa morada y transparente que ni en sueños me hubiese entrado

por lo ajustada que era; también platicó con lujo de detalles todos los pormenores de su fiesta y cómo fue que Gerardo se le declaró y le pidió que fuera su novia. Si alguna esperanza me quedaba de ser novia de Gerardo, se esfumó para siempre, era claro que las gorditas no éramos su debilidad. Por mi parte, aprendí a compensar mis carencias o frustraciones con la comida; de hecho, la placidez que me embargaba después de un atracón era muy parecida al placer, un placer que desaparecía cuando notaba que la ropa me quedaba cada día más ajustada y mi figura lucía cada vez más redonda.

Supongo que la frustración de mi padre por no tener el valor de irse a vivir definitivamente con su otra mujer lo mantenía enojado todo el tiempo. Por las noches lo escuchaba decirle a mi madre que sólo había regresado porque ella había tenido el mal tino de embarazarse otra vez, pero que no lo satisfacía como mujer, aunque reconocía que era buena esposa, buena madre y buena ama de casa, que odiaba aquel 3 de mayo, día de la Santa Cruz, cuando la conoció, pues ahí había empezado su mala suerte.

Lucía, su amante, era una mujer de regular figura, blanca, bien vestida y, a decir de él, muy trabajadora e independiente, no como mi madre que sólo estiraba la mano para pedir dinero, según su apreciación, pues él no tomaba en cuenta las friegas que mi madre se llevaba con los quehaceres domésticos, el constante acarreo de agua de una colonia a otra o de la pipa que surtía a la colonia cuando escaseaba el vital líquido, el lidiar con los hijos y la lucha diaria con las planchas metálicas que calentaba con carbón para planchar la ropa de cuanta vecina se lo pedía, así como con el lavadero que retumbaba con el frotar de la ropa sucia de toda la familia y de sus clientas. Yo apoyaba a mi madre con las entregas de ropa y, cuando ya era adolescente, la ayudaba a

realizar esas agotadoras tareas que nos permitían cooperar con los gastos familiares.

Recuerdo que, unas semanas antes de mi primera comunión, acompañé a mi madre a buscar a su marido en su trabajo, la ferretería Coto y Cía., ubicada en la Candelaria de los Patos, por el rumbo de La Merced. Le pidió dinero para comprar las cosas necesarias para el festejo y, aunque nos lo dio, le gritó en la cara que sólo sabía estirar la mano, que se pusiera a trabajar como Lucía. Nunca le agradecí ese dinero, y menos cuando se presentó en la casa a la hora de la comida para amargarnos la fiesta.

Estábamos reunidos mi mamá, mi abuela Hilaria, mi tía Tana, mis hermanos, mis tíos Consuelo y Fernando, y mis primos Fer y Paty, cuando él entró diciendo: “Ya llegó la amargura de la fiesta. Tere, sírveme de comer, tengo mucha hambre”. A todos se nos congeló la sonrisa y, poco a poco, fuimos abandonando la mesa mientras mi madre lo atendía.

Salí a jugar a la calle. Corría como chiva loca detrás de Fernando que se burlaba de mí y me cantaba aquella canción de Chava Flores que decía: “Cuando la luna se pone regran-dota como una pelotota y alumbra el callejón”. Enfurecida, lo perseguí sin alcanzarlo, pues uno de sus amigos me metió el pie y tropecé con él. Caí de panza y manos y, al levantarme, descubrí que mis guantes blancos lucían un agujero enorme en el centro y se teñían de rojo por la sangre que escurría de las palmas de mis manos; también mis rodillas sangraban y mi vestido blanco se llenó de lodo.

Entré corriendo a la casa y me gané una buena regañada de mi padre delante de todos mis invitados. Avergonzada, me retiré a mi cuarto a llorar amargamente, hasta que recordé que mi madre me había guardado una pieza de pollo con mole verde, la cual devoré sin miramientos hasta que me tranquilicé.

Desde niña hube de aguantar cuanto apodo se le ocurría a la gente imponerme: *marrana, cerda, ballena, pelota, gorda* o *gordini*, como me decían mis hermanos de “cariño”.

Por la noche mi cabecita daba vueltas y pensaba que a mí el nombre no me marcaría de esa manera, que yo no sería sumisa como mi madre.

A partir de ese momento me comprometí conmigo misma a echarle ganas a la escuela para ver si de esa manera, algún día, podía cambiar mi destino. Tenía que esforzarme mucho para aprobar las materias, pues además de tener poco tiempo para estudiar, por el trabajo de deshiladora que desempeñaba en el taller de costura de mi vecino Armando, no era, lo que se dice, la inteligencia andando.

A los dieciséis años logré terminar la secundaria pese a los augurios de mucha gente por mi rebeldía y “mala cabeza”. Obtuve un promedio de ocho, suficiente para aspirar a presentar mi examen de admisión para el bachillerato. Soñaba con ingresar al CCH de la UNAM y después estudiar una licenciatura en Ciudad Universitaria, aunque no tenía muy claro la carrera que quería estudiar.

Cuando le comuniqué a mi padre mi deseo de ingresar al bachillerato, me miró ferozmente y me dijo que las viejas no tenían que estudiar para casarse, que sólo hacía falta saber cocinar y ser buena en la cama, y que él no tenía con qué pagar mis caprichos.

Además, mi hermano Emiliano le había pagado mal, pues él y mis hermanos Alfredo y Ricardo habían invertido en su carrera sin ningún provecho, pues Emiliano se había casado antes de titularse y sería su mujer quien cosecharía los frutos de sus esfuerzos.

Como me empeñé en estudiar, Emiliano me aconsejó presentar el examen, y dijo que si lograba entrar al CCH, me apoyaría con lo que estuviera en sus manos y me orientaría

sobre todas las bibliotecas que podría visitar para sacar los libros que necesitara y no tener que comprarlos todos. Su intención era buena, pero sus compromisos poco le permitieron ayudarme. Su mujer padeció un embarazo y parto complicados, y al nacer su primer hijo, mi hermano tuvo un derrame cerebral que lo dejó fuera de combate por un buen rato, así que Leticia, mi cuñada, tuvo que trabajar para contribuir con los gastos de la casa mientras Emiliano se recuperaba.

Alfredo, mi hermano mayor, decía querer ayudarme, pero pronto me di cuenta de que aceptar su ayuda me obligaría a servirlo como una esclava; hijo de tigre, pintito.

Como no estaba dispuesta a someterme a nadie para estudiar, me empleé en todo lo que pude para pagar la escuela y dar el gasto que mi padre me impuso si quería seguir viviendo en su casa. Además de rebelde, me acusaba de tener ideas propias de una descocada, lo decía en serio y parecía convencido de que fracasaría en el intento de terminar una carrera profesional.

Trabajé de nana, de sirvienta, de obrera, de planchadora, lavandera, alfabetizadora del INEA, vendedora de gelatinas y de cuanto producto se me atravesaba en el camino, por ejemplo, de Avon o de Tupperware para el hogar. En este trabajo no me iba tan mal, lo malo es que debía andar por toda la ciudad cargando una maleta enorme con los productos que debía mostrar entre mis anfitrionas y potenciales compradoras.

Mi sobrepeso no me ayudaba. Me cansaba fácilmente con las zapatillas que debía usar para estar presentable y las pantimedias terminaban rompiéndose en la entrepierna de tanto caminar. Alguna vez llegué muy rozada y sangrando a la casa, la media se había roto y, al frotarse una pierna con la otra, me lastimó la piel. Para mi mala fortuna, era quincena y

nunca pude abordar un taxi porque todos estaban ocupados. Para rematar mi mal día, llovió a cántaros y terminé como perro callejero remojado. La única esperanza que tenía de regresar pronto a casa y cambiarme, era que Alfredo se compadeciera y fuera, con su carcacha, a la Unidad Vicente Guerrero a recogerme, pero no era tan buena mi suerte y eso no sucedió. Cuando le hablé por teléfono para pedirle el favor, argumentó que tenía cosas más importantes que hacer y que yo no había nacido en coche; así que si era tan autosuficiente, me las arreglara sola.

Los intentos por doblegarme eran constantes y no había piedad para la desafiante hermana e hija.

Entre chamba y chamba logré terminar el bachillerato, no sin complicaciones, pues cuando cursaba el quinto semestre me enfermé y perdí un semestre que tuve que reponer.

Para entonces ya padecía de presión arterial alta, colesterol y triglicéridos. La confianza en mi juventud y fortaleza, así como la ignorancia de las consecuencias de no cuidarme, propiciaron que el problema de mi corazón se incrementara. Por suerte, cuando entré a la universidad, conseguí un trabajo en una librería-papelería de mi colonia, mis patrones eran vegetarianos y buena onda. Me picaron el amor propio para incitarme a bajar de peso y alimentarme sanamente; como resulté buena empleada, me consintieron todo el tiempo que trabajé para ellos. Me apoyaron dándome de comer antes de irme a la universidad y aprendí a nutrirme de otra manera.

Por un tiempo conseguí bajar varios kilos, pero después los recuperé por indisciplinada y porque tenía malos horarios. Ahí empezó mi carrera con las dietas y con los productos milagro que me prometían que bajaría de peso y reduciría tallas de la noche a la mañana sin ningún esfuerzo. Fue la decisión más lamentable y errónea, pues nada de eso funcionó y sólo logré incrementar mi peso por los continuos

rebotes debido al abandono de las dietas y de esos productos que sólo mermaron mi bolsillo.

Al terminar la universidad, ya trabajaba como bibliotecaria en la nueva Biblioteca de México en la Ciudadela y conseguí otro empleo en la Asesoría de Comunicación del Pronasol. Era el sexenio de Salinas de Gortari y tuve la oportunidad de organizar la videoteca de la Asesoría. Con dos empleos mis horarios se complicaron y comía lo que fuera, a cualquier hora apresuradamente y en mayor cantidad debido al tiempo de ayuno que pasaba durante el día. Mi ilusión era independizarme ¡al fin! del yugo paterno y del de mi hermano mayor. Los enfrentamientos con mis parientes eran cada vez más frecuentes, pues querían controlar mi vida y mis ingresos, situación que nunca permití, pero que me costó ser malmirada y rechazada; sin embargo, tenía que echarle ganas para reunir dinero y salirme de su casa.

El sueño de independizarme no lo pude realizar en ese momento, pues Pili, mi hermana menor, había concluido la secundaria y deseaba estudiar enfermería. También en esta ocasión mi padre se negó a apoyarla. Platicué con Elena, mi otra hermana, de mi deseo de ayudar a Pilar para que estudiara sin complicaciones. Elena aceptó ayudarme con los gastos de la carrera y, después de cuatro años, Pilar se tituló. Como era una chica bien portada y cumplidora, le festejé sus quince años con el apoyo de los cuates y familiares que se ofrecieron como padrinos. La pachanga estuvo sabrosa y aún nos queda el recuerdo de lo bien que la pasamos.

Un fin de semana, después de los quince años, Pili recibió una bala perdida cuando íbamos rumbo al puesto de quesadillas de la señora Rosa, una vecina nuestra. Sólo recuerdo que mi hermana se llevó las manos al pecho y se desplomó. Los que la acompañábamos, sólo atinamos a llorar y a gritar pidiendo ayuda, hasta que un vecino se ofreció a llevarnos al

hospital. Cuando llegamos al Seguro Social, los médicos nos informaron lo que sucedió; además del susto, tuvimos que enfrentar interrogatorios de las autoridades que consideraron el caso como médico-legal. Después de la tortura vivida ante el Ministerio Público, que se empeñaba en que la niña señalara a su agresor, pues pensaban que era algún miembro de la familia al que ella encubría, el médico que la atendió nos informó que la bala, a pesar de haber entrado por el pecho y de alojarse cerca del corazón, no había comprometido ningún órgano vital, por lo que esperarían algún tiempo para que se encapsulara y pudieran extraerla sin complicaciones.

Pilar anduvo dos meses con su bala en el pecho y la llamaban la niña de acero. Para mí fueron las recriminaciones de la familia, que me acusaba de haberla sonsacado para que me acompañara a comprar las quesadillas; decían que, por tragona, yo era la causante de aquel infortunado accidente.

Alfredo, mi hermano mayor, solía utilizar mucho el chantaje y el sentimiento de culpa en mi persona para hacerse obedecer y lograr sus objetivos. Cuando mi madre enfermaba siempre decía: “Por tu culpa, mi mamá se enfermó, por no obedecerla y por responderle mal”.

En verdad, era yo un poco rebelde, pero no al grado de enfermar a mi madre. No era dejada, que era otra cosa; sin embargo, aquellas acusaciones hacían mella en mí, y pasó mucho tiempo para que yo comprendiera que no era mi culpa, sino la de un loco borracho al que se le antojó tirar balas al aire para demostrar su “hombría”, y del destino que quiso que estuviéramos en el lugar y hora equivocados.

Lejos de quitárseme el hambre por el miedo de perder a mi hermana menor, me volví más compulsiva con la comida, pues era un calmante para mi ansiedad. Por fortuna, mi hermana la libró y pudimos continuar con nuestras vidas, pero

las palabras de quienes me acusaban se quedaron clavadas en mi memoria y pensaba que de no haber sido por mi glotonería, aquello no hubiera ocurrido.

Dicen que Dios nos hace y nosotros nos juntamos, y al parecer el dicho es verdadero. En la Biblioteca de México, donde trabajé por casi quince años, tuve dos amigas que compartían conmigo la debilidad por la comida y solíamos juntarnos para comer y componer al mundo, aunque parecía que sólo a mí se me acumulaba la grasa en el cuerpo.

A pesar del peso excesivo, siempre fui una trabajadora activa, y con todo y mi costal de kilos y achaques auestas, deambulaba por toda la biblioteca resolviendo los problemas del servicio y los que me ocasionaba ser la jefa de ochenta trabajadores que formaban la plantilla del Departamento de Servicios al Público del que fui responsable durante siete años.

Aunque era una trabajadora responsable, que daba resultados, a mi jefe le ocasionaba serios conflictos que su colaboradora no luciera una figura espectacular y bien vestida, acorde con lo que él consideraba un puesto importante. Regularmente vestía amplias y largas faldas y blusones que disimulaban mi descomunal figura; el negro o el gris eran mis colores favoritos, pues, según yo, ayudaban a disimular mi peso.

Miguel García, el subdirector de la México, me hacía constantes insinuaciones respecto de mi arreglo y procuraba mantenerme lejos de él cuando alguna personalidad visitaba la biblioteca, era como una mancha molesta en su historial. Atribuía a mi problema de obesidad y a mi soltería, la fuerza de mi carácter y convicciones, consideraba que era severa y que seguramente odiaba a las mujeres de buen cuerpo, con un marido o novio ejemplar y con familias envidiables a las que nunca podría aspirar yo, pues no tenía los atributos físicos para conseguirlos.

Él gustaba de ayudar a mujeres de apariencia frágil que le contaban problemas reales o ficticios que les permitían obtener favores o concesiones laborales que para mí estaban negados, pues al tener una figura grande, parecía fuerte y saludable, por lo que no podía quejarme ni faltar por enfermedad.

Definitivamente, mi apariencia no me favorecía, pues no sólo mi jefe hacía mofa de mi obesidad, sino que todo el mundo me bautizaba con algún sobrenombre y criticaba mi figura.

Sin tomar muy a pecho lo que se hablaba a mis espaldas, me esforzaba por cumplir mi responsabilidad laboral lo mejor posible, hasta que empecé a tener problemas de salud más severos. Mi menstruación se volvió más dolorosa que de costumbre y comencé a tener periodos muy alejados unos de otros, con intervalos de hasta seis meses. Lo peor era cuando el sangrado aparecía, pues debía consumir medicamentos que calmaran mi dolor de ovarios y estabilizaran mi estado de ánimo. Al paso del tiempo padecí hemorragias y el dolor se incrementaba hasta volverse insoportable, fue cuando decidí visitar al ginecólogo para que me diagnosticara y tratara, pues aquello no era normal.

Después de los estudios de rutina, el médico recomendó extirpar la matriz, no sin antes hacerme notar mi falta de hijos y lo difícil que es tener una vejez sin ellos, por lo que me recomendaba pensar las cosas antes de decidir si me operaba. Para mis adentros pensaba que aquello era cuestión de salud y no de preferencias, así que consulté a otro médico para obtener una segunda opinión.

El doctor López, ginecólogo y colposcopista, ordenó otros estudios, entre ellos unos indicadores tumorales, pues ya sospechaba un problema mayor. La suerte me volvió a jugar chueco y tuve una fuerte hemorragia que motivó mi

hospitalización y la práctica de un legrado que sirvió al mismo tiempo para estudiar y redefinir el problema.

El doctor López me citó en su consultorio para platicar conmigo; nunca imaginé la gravedad del problema. Comencé a sospecharla cuando, el día de la cita, Pilar, Elena y Ricardo pasaron a la biblioteca para llevarme con el médico. Aquella reunión de hermanos no era algo normal y menos en día laboral. Les pedí que me enseñaran los resultados de los estudios y me dijeron que los tenía el doctor, que sería él quien me los entregaría y explicaría.

Al llegar al consultorio, Ricardo no quiso entrar, fueron Pilar y Elena las que me acompañaron. Juanita, la enfermera, nos hizo pasar. Después de un rato apareció el doctor López con el sobre de mis estudios en las manos. Bromeó un poco con nosotras antes de poner cara de circunstancia. De verdad me alarmé y le pedí que fuera al grano. Con un poco de rodeos, comenzó a explicarme el problema hasta que la palabra cáncer apareció en sus labios; mis hermanas comenzaron a llorar y a abrazarme.

La noticia me noqueó y, mientras intentaba despejar mi mente, el doctor comentó que un factor importante para el desarrollo del cáncer de endometrio era la obesidad; una vez más mi gordura fue una razón de peso para mortificarme.

No era suficiente soportar las críticas destructivas que un cuerpo voluminoso provoca o la vergüenza de romper la silla en un restaurante delante de medio mundo o lidiar con los choferes de las combis o microbuses que a toda costa quieren acomodar como sardinas al pasaje sin considerar a los gorditos que con dificultad entran en asientos diseñados para personas delgadas, y qué decir de probarse ropa en una tienda departamental donde las tallas plus o extras no logran ajustarse al volumen. Aquello debía ser una broma de mal gusto para espantarme y obligarme a bajar de peso.

El doctor advirtió que mi mente divagaba y me trajo a la realidad explicándome el posible tratamiento y lo urgente de agendar una cita con el oncólogo del ISSSTE. Pilar se había adelantado, y ese paso ya estaba dado. A partir del lunes siguiente iniciaría mi relación con el Hospital 20 de Noviembre, donde me han atendido desde 2001. Cuando salimos del consultorio, el médico nos despidió con un fuerte apretón de manos, un abrazo solidario y una recomendación: “Llore todo lo que quiera este fin de semana, y a partir del lunes a echarle ganas”. ¿Para qué esperar al lunes? Debía evitar que mi madre sufriera más de la cuenta por la noticia, pues era diabética y podría complicarse su salud, así que teníamos que tomar cartas en el asunto.

Al salir de la clínica, Pilar me comunicó que Emiliano nos esperaba para comer y que iríamos a su casa para platicar. Durante el trayecto no sabía qué actitud tomar, me angustiaba preocupar a los demás innecesariamente y sólo comenté que me moría de hambre, que le metieran velocidad al carro para llegar pronto.

Una vez en casa de Emiliano, bromeé sobre mi deseo de que aquella no fuera mi última cena, pues de las cosas que me gustaban de la vida, la comida era mi favorita, así que disfrutaría lo guisado por Emiliano y daríamos un giro a la conversación para no amargarle la tarde a nadie.

Por la noche emprendimos el regreso a casa. Mi madre me aguardaba, no habló mucho, me abrazó fuertemente y me pidió que le pusiera valor al asunto, pues todavía tenía mucho por vivir.

Mi padre puso cara de funeral y se preguntaba la razón de la enfermedad y si esto o aquello eran los causantes de la desgracia, quizás algún castigo divino; nunca se acercó para abrazarme o consolarme, lo cual agradecí enormemente porque no lo hubiera soportado viniendo de él, que todo el

tiempo me ha puesto el pie para que me caiga. Alfredo no dijo nada o no lo recuerdo. Pasado el primer fin de semana, todo se volvió ir y venir al hospital. Fue un año de tensión, tres cirugías, radiaciones y quimioterapias hasta que el tumor cedió, y la doctora Rosas, oncóloga del Hospital 20 de Noviembre, me dio la buena nueva. Había vencido a la enfermedad, y de ahí en adelante me esperaban por lo menos ocho años de seguimiento y control, pero era vital bajar de peso, pues mis mamas corrían peligro y debía bajarles a las grasas.

Pasado el susto, a los tres meses de superado el trance, me enfrenté a otro mayor, la depresión severa. El miedo y la angustia se apoderaron de mi vida y me incapacitaron para el disfrute, la alegría y para realizar mi actividad laboral. Lo aprendido hasta entonces se evaporó, no resolvía las actividades cotidianas sin que tuviera que esforzarme al mil por ciento. Lo que antes disfrutaba había perdido sentido. Mi vida familiar se complicó, entré en un aislamiento absoluto donde sólo el sueño y la comida me permitían mitigar el dolor, la tristeza y la soledad. Comiendo me sentía acompañada y confortada, era como abrazarme a mí misma envuelta en los brazos de un buen filete, unas papas fritas o un pastel. El enfermo deprimido vive en medio de la tristeza y la incomprensión aunque esté rodeado de gente que lo quiera bien. Uno no alcanza a comprender lo que le pasa y se sufre como condenado.

De repente, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. No me reconocía, la persona que habitaba mi cuerpo no era yo, me sentía avasallada por mi condición, mi peso se elevó aún más por comer a todas horas; pasaba los días frente al televisor intentando calmar mi angustia y mi ansiedad.

Siempre estaba temerosa de que algo malo ocurriera, me mortificaba saber que mi obesidad producía en mi hermana Elena un malestar muy grande, mi descomunal figura le quitaba el sueño y la avergonzaba. Se enojaba mucho porque

aseguraba que yo fastidiaba a sus hijos con exigencias para que me acercaran los objetos que no tenía a mi alcance. Lo que ella no comprendía era que para mí resultaba un martirio moverme hacia ellos, me cansaba, me sofocaba y casi me infartaba por el esfuerzo realizado.

El sillón de la sala donde pasaba largas horas “echada como una vacota”, en palabras de Alfredo, amenazaba con desplomarse a la menor provocación. Ya no había silla, sillón o cama que me aguantara. Alguna vez se rompió uno de los barrotes del tambor de mi cama y hubo que soldarlo y reforzarlo para que resistiera.

Mis pies no me sostenían ya, menos aún cuando me fracturé el pie izquierdo al resbalar en una florería.

Mi carácter festivo y alegre, como el de casi todos los gorditos que parecen compensar a la gente con su entusiasmo por aceptar su defecto involuntario, se esfumó dando paso a la amargura. Ya no era la gordita simpática y mi ánimo estaba por los suelos. Ahora, era la flojonaza que se la pasaba echada sin hacer nada, sólo comer y dormir. El sueño me mantenía a salvo, no tenía que enfrentar mi realidad: levantarme, salir a la calle, caminar, trabajar y batallar con el transporte en el que cada vez me costaba más esfuerzo moverme. Muchas fueron las ocasiones en las que invertía parte de mi salario en abordar un taxi que me evitara enfrentarme al reducido asiento del microbús o del metro, a sus angostos pasillos diseñados para gente delgada y en los que mi enorme anatomía no tenía cabida, y para alivianar la carga de mis pies cansados y escapar a las miradas y comentarios morbosos que un cuerpo voluminoso provoca.

Estaba desesperada. Debía tomar decisiones drásticas y mejorar mi condición física y, por ende, la emocional. Pedí ayuda a mi hermana Pili, me sinceré con ella y le planteé, a pesar de la dificultad para manifestar mis sentimientos, lo

difícil que me era seguir en esa situación. Nunca pasó por mi mente la idea del suicidio, pero me resultaba difícil vivir. La desolación inundaba mi alma y hubiese agradecido, en aquel tiempo, que alguien o algo truncara mi existencia, pero como dicen que Dios no cumple antojos ni endereza jorobados, mi vida siguió su curso.

Renuncié a la Biblioteca de México. No tuve, por parte de mis jefes, el apoyo moral a mi padecimiento y preferí retirarme antes que echar por la borda el prestigio ganado durante casi quince años de servicio. Un mal manejo en mi trabajo habría dado al traste con mi buena reputación como empleada y ésa era la única gloria de la que gozaba. Los zopilotes rondaban mi puesto y ya habían colocado coronas sobre mi cabeza, sólo faltaba el epitafio. Mi jefe Miguel me buscaba sustituto suponiendo que me iba a morir. Al enterarme de su intención, decidí que me retiraría cuando fuera oportuno y que me moriría cuando me tocara, no cuando a él se le antojara. Un poco de rebeldía asomó en mí todavía, aunque, a decir verdad, no tenía intención de pelear ningún cargo. Me retiré voluntariamente con el programa que promovió el gobierno de Vicente Fox, el cual me permitió sobrevivir mientras no trabajaba.

Pilar me pagó un seguro facultativo para ingresar a la Unidad Metabólica del Hospital de Especialidades del Centro Médico la Raza del IMSS; ahí me realizaron estudios para conocer el motivo de mi desbordada obesidad. Estuve internada dieciocho días, en los cuales perdí ocho kilos que recuperé posteriormente. Me mantuvieron con una rigurosa y supervisada dieta, conté con apoyo psicológico y psiquiátrico para tratar la depresión. A pesar de mi renuencia a consumir antidepresivos y ansiolíticos, por temor a la dependencia, tuve que aceptar el tratamiento. El psiquiatra me convenció de sus beneficios para superar el problema; después de todo, un

problema de química cerebral habría que atacarlo con químicos. Al término de mi reclusión, me diagnosticaron depresión severa, colesterol, triglicéridos y ácido úrico altos; diabetes *mellitus* y obesidad mórbida grado 3. Todo parecía en mi contra, pero una luz asomó a mi vida cuando los medicamentos iniciaron su efecto y comencé a pensar positivamente y con mayor claridad.

En enero de 2004, mi hermano Emiliano me informó que en el Faro de Oriente, un centro cultural dependiente de la Secretaría de Cultura del Distrito Federal, solicitaban un bibliotecario para organizar la biblioteca. Sin mucho ánimo me entrevisté con Agustín Estrada, coordinador de los Servicios Culturales, quien más tarde sería mi jefe. Me habló de las bondades del Faro y de la importancia que éste tenía para la comunidad del oriente de la ciudad de México. Acepté el puesto. El trabajo, los nuevos compañeros, los medicamentos y el reto para organizar lo que a los ojos de los demás era sólo un almacén de libros que nadie leía, fueron un buen antídoto para la depresión.

Durante ese tiempo me fui restableciendo emocionalmente. Los niños, las amas de casa y los jóvenes que visitaban la biblioteca renovaron, con su alegría y entusiasmo, mis fuerzas para resistir al mundo; sin embargo, la obesidad seguía siendo uno de los principales obstáculos en mi desarrollo. Mis ciento cuarenta kilos eran como una cárcel en la que purgaba una condena de más de veinte años. Durante ellos la grasa se fue acumulando alrededor de mi cuerpo hasta hacerlo perder su armonía y proporción y la posibilidad de movimiento.

En marzo de 2006 tuve el infortunio de fracturarme el pie izquierdo, lo que me mantuvo incapacitada durante dos meses, tiempo durante el cual pude reflexionar nuevamente

sobre mi situación. Hoy había sido un pie, mañana podría romperme la cadera o la columna y mi recuperación sería más dolorosa debido al peso, sin contar con la dificultad para que no sólo yo, sino alguien más, pudiera moverme. No cabía en la silla de ruedas estándar, así que tuve que comprar una especial, ibien reforzada! La idea de volver al hospital en esas condiciones me aterraba, pues consideraba que las camillas no eran tan fuertes para soportarme, la banda del baumanómetro no alcanzaba a dar la vuelta en mi brazo y se volvía complicado tomarme la presión arterial; el cómodo se hundía en el colchón cediendo a mi peso y volcaba la orina sobre la cama. Llegué a imaginar mi funeral. ¿Cómo harían para cargar mi ataúd? Ya me veía transportada por una grúa o algo parecido.

Una vez retirado el yeso de mi pierna, vino la rehabilitación, pero no fue suficiente para volverme a la normalidad. Mi pie se hinchaba todos los días, me dolía un demonial y no había zapato que me quedara. La dificultad para caminar se acrecentó, debía apoyarme en un bastón para caminar y la imagen no era agradable. El ortopedista me insistía en que bajara de peso, sólo de esa manera volvería a caminar bien.

Desde niña percibí que me caía frecuentemente, siempre andaba raspada de las rodillas y las manos, suponía que me caía por distraída o acelerada, todo el tiempo corría de un lado a otro. El otorrinolaringólogo me dijo que mi problema podía deberse a la sordera de mi oído izquierdo, aunada a la obesidad que contribuía a que perdiera el equilibrio. Definitivamente, el panorama era desalentador. Si no estaba preparada para irme de este mundo, debía tomar cartas en el asunto.

A mediados de 2006 me enteré de un método quirúrgico para bajar de peso que se practicaba en varios hospitales particulares y en el Hospital Manuel Gea González de la Secretaría

de Salud. Hacia allá dirigí mis pasos, porque en un hospital particular ni pensarlo, la cirugía era carísima.

Me di de alta en la clínica de obesidad del Gea González y, después de seis meses de estudios, consultas, terapias y valoraciones, me practicaron un *bypass* gástrico, una cirugía que reduce el estómago y permite que el paciente satisfaga con poco alimento su apetito. Esta técnica se señala como muy efectiva; sin embargo, implica un procedimiento mayor con engrapado y uniones del intestino por vía laparoscópica. El paciente seleccionado para cirugía pertenece a un grupo de personas que han tomado e intentado de todo y no han podido bajar de peso, entonces el *bypass* se convierte en su única alternativa.

Cuando informé a la familia de mi decisión, hubo opiniones encontradas: los que apostaban conmigo a ese método como mi única solución y los detractores que aseguraban que no era necesario, que bastaba con que tuviera fuerza de voluntad para hacer dieta, que podía morirme en la plancha, quedar cucha y otros buenos deseos. Nunca le das gusto a la gente; cuando uno decide cambiar de vida, se las ingenian para que sigas igual. Pero hubo un comentario de Elena que me inspiró para decidirme: "Prefiero que te quedes en la plancha a que sigas gorda y sentada en tu sillón sin hacer nada". El corazón me dio un vuelco, pero pasado el susto comprendí que tenía razón. Mi mundo no era ese sillón, había algo fuera de él, en la calle, en otras ciudades, en otros países, con otras personas, y tenía que conocerlo. No podía vegetar el resto de mi vida. Era yo pata de perro, y viajar me emociona verdaderamente, pero en mis condiciones ni soñarlo. Así que el *bypass* era la solución.

Aunque la situación me aterró en el inicio, tenía que resolver mi existencia y tomar medidas drásticas. Sabía que la cirugía para contrarrestar la obesidad tenía sus riesgos, pero

después de todo, ¿qué podía perder? Si no eran kilos, sería la vida y ésa la podía perder en cualquier momento si no bajaba de peso. El cirujano argumentaba que un infarto, una embolia o una muerte súbita podían sacarme de la jugada; la probabilidad de éxito de la cirugía era de noventa y nueve por ciento y, con disciplina y control, lograría el objetivo y tener una mejor calidad de vida.

La decisión estaba tomada y los médicos programaron mi cirugía para el 28 de marzo. El día señalado Pili me acompañó para el internamiento y sobre sus hombros cayó la responsabilidad de la intervención. Mis padres ignoraban el plan, pues son personas mayores a las que se les deben ahorrar mortificaciones.

A las ocho horas en punto, un camillero me recogió en la habitación para trasladarme al quirófano. Ya me aguardaban los cirujanos, enfermeras y anestesiistas; estos últimos padecieron al ponerme la raquia para el bloqueo, aseguraban que no localizaban ninguna vértebra en mi robusta espalda. Me doblaron a todo lo que daba y una joven y osada doctora atinó a inyectarme rápidamente. Después me recostaron y prepararon para la anestesia general. Me pidieron que contara del diez al uno y sólo recuerdo haber llegado al siete. Cuando desperté, eran las ocho de la noche. Me enteré de que la cirugía duró seis horas y que había sido abierta; la condición de mi vientre no permitió una intervención laparoscópica; las anteriores cirugías habían dejado cicatrices y adherencias profundas y la radioterapia endureció los tejidos, lo que impedía el trabajo con la cámara, así que me abrieron horizontalmente.

Pasé catorce horas en una camilla incómoda, que casi me parte la espalda, en la sala de recuperación y, más tarde, me trasladaron a mi habitación. Ya era la media noche y me dolía la cabeza; al tocármela, sentí un chichón. Supuse

que los camilleros me habían golpeado al trasladarme de la plancha del quirófano a la camilla. Los médicos no aceptaron mi hipótesis y desviaron la atención hacia otro tema, pero yo sabía que los camilleros no eran, precisamente, un ejemplo de fuerza y delicadeza. Comentaron que las horas de más en la sala de recuperación se debieron a la descompostura del elevador especial para pacientes y que no podían trasladarme por el de uso general. Me indicaron que al amanecer debía levantarme para bañarme y caminar, pues eso favorecería la recuperación.

Mi malestar era infinito, estaba hinchada, llena de sondas y apenas podía moverme por el dolor; sin embargo, obedecí y resistí estoicamente. Pili me bañó, me secó y talqueó como a un bebé. Esperamos la visita de los médicos para recibir indicaciones. Ordenaron cinco días de ayuno hasta valorar mi estado. Debían realizar un estudio denominado “el trago”, con el cual se verifica que el estómago esté en condiciones de recibir líquidos sin presentar fugas; es como si el plomero revisara la cañería de tu baño.

Al quinto día autorizaron mi alta y el cambio de dieta, ahora consumiría papillas sin sal ni condimentos por quince días. Pilar y yo partimos hacia la casa con la esperanza de que siguiendo las indicaciones todo marcharía bien, pero mi suerte no era tan buena.

Al tercer día, las grapas que sostenían la herida se botaron y la dejaron expuesta. Mi vientre lucía una boca roja y sanguinolenta por la que drenaba un líquido amarillento parecido al aceite para cocinar. Mi ánimo se derrumbó. La ilusión de una pronta recuperación se evaporó y tuve que soportar un nuevo ayuno, curaciones al rojo vivo para evitar la infección y la visión matutina, durante el baño, de mi herida abierta. No podían volver a cerrar hasta que dejara de drenar.

Después de un mes volvieron a coser, esta vez con hilo en lugar de grapas y a cuatro manos, como en un concierto para piano. Uno de los médicos resultó menos hábil para eso de la costura y dejó fruncida y chipotuda la mitad que le tocó trabajar; sin embargo, agradecí que decidieran cerrarme, pues la visión mejoraba y mi ánimo también. Después la recuperación fue menos dramática.

Al tercer mes me reincorporé a mis actividades en la biblioteca del Faro. Lucía dieciocho kilos menos y mayor movilidad. Poco a poco han pasado los meses y he perdido, a la fecha, setenta kilos. Mi otro yo se esfumó.

Durante más de dos años mi estabilidad emocional se tambaleó. Cuesta trabajo reconocerse en un nuevo cuerpo y asimilar los cambios. Es complicado, porque te operan el estómago, no el cerebro, y entonces quieres comer igual que antes de la cirugía, pero ésta no te permite ingerir las enormes cantidades de comida a las que estabas acostumbrada. Si lo intentas, vienen los estancamientos en el estómago, dolor en el pecho, como si tuvieras una manzana atorada, náusea y vómito, y la frustración por no poder comer con la misma voracidad.

Debía educarme, comer con lentitud, mascar ené número de veces la comida para tragarla bien y no provocar un retorno al hospital.

Durante los cinco años que han pasado desde mi cirugía, he recibido todo tipo de apoyo médico y psicológico para superar la enfermedad; he observado con cierta tristeza que mucha gente me ve y me trata diferentemente. Me sorprende y espanta la importancia que la apariencia física desempeña en el trato, en el prodigar afecto, en el logro de objetivos laborales y sociales.

La gente, al parecer, te admira por haber tenido el valor de abandonar el mundo de las tallas extras, plus o ultra. Sin

embargo, no todos aprueban la decisión que tomé, incluso algunos parientes consideran que “no es ningún mérito bajar de peso mediante una cirugía”, lo consideran antinatural y peligroso. No logro entenderlos, pues siempre me criticaron por gorda y ahora que bajé de peso también me critican; aunque, a decir verdad, es lo que menos me importa. La ganancia ha sido enorme pese a todos los contratiempos que he vivido y a lo difícil que ha sido disciplinarme, pues aunque la cirugía es una ayuda enorme durante el primer año posterior a ella, uno debe llevar una dieta de por vida, reeducarse y continuar con el control nutricional y psicológico, pues la obesidad es una enfermedad que se controla como cualquier otra de tipo adictivo, llámese drogadicción, tabaquismo o alcoholismo. Todos los días hay que evitar caer en tentación: “Sólo por hoy”, como dicen los alcohólicos anónimos.

Como lo mencioné, la ganancia ha sido enorme. La glucosa, la presión arterial alta, los triglicéridos y el colesterol cedieron al grado de que el médico internista me retiró los medicamentos que consumía para controlar dichos padecimientos. Me volví más ágil corporalmente y he vuelto a disfrutar de muchas cosas que me gustaban y de las cuales me privé por muchos años: he montado a caballo sin que el animal se doble al sentir mi peso, he andado en bicicleta por las calles de mi barrio y de otras ciudades que tuve la oportunidad de conocer, he bailado sin que mi corazón amenace con desbocarse por el esfuerzo realizado; mis pies me sostienen por muchas horas sin que tenga que apoyarme en un bastón, aun cuando mi pierna izquierda quedó sentida por la fractura, un esguince y el espolón calcáneo que se formó en mi talón izquierdo; transito por todos lados sin temor de atorarme o derrumbar algo a mi paso.

Aun cuando no soy una varita de nardo, mi aspecto es el de una persona normal y mi ánimo mejoró notablemente,

lo cual me ha permitido emprender nuevos retos, como ir a probar suerte a Estados Unidos trabajando de nana, de archivista y de lo que podía.

La experiencia laboral fue un poco complicada. Mis patrones, judíos venezolanos, asilados en Gringolandia por su mala relación con el tristemente célebre Hugo Chávez, buscaban a una persona sumisa y que, como buena mexicana, mordiera el rebozo cuando se le hablara. Al menos era la idea que tenían ellos de nosotros los mexicanos. Nunca se quejaron de mi trabajo, pero no les agradaba que quisiera aprender cosas. Debía limitarme a lo que me indicaban, pero yo tenía necesidad de conocer.

Con todo y todo viví dos años en la ciudad de Miami gracias a las porras que mi primo Fernando, aquel con el que peleaba en otros tiempos, y Cony, su mujer, me echaban. Ellos ya tienen diez años viviendo allá, y la vida tampoco ha sido fácil para ellos, pues su condición de ilegales les ha dificultado su estancia en aquel país; sin embargo, tienen una meta que cumplir antes de regresar a México.

En aquellas tierras descubrí algo que no había notado antes: mis frecuentes bronquitis, una o dos por año, habían cesado. Mi amiga Miriam, practicante de yoga y naturismo, aseguraba que yo padecía de las vías respiratorias debido a la tristeza que me acompañaba eternamente. No lo sé de cierto, pero de que se fueron, se fueron.

Tres cosas me hicieron volver a México: haberme enamorado de la persona equivocada; el susto que me pegó el mar cuando una corriente me jaló y estuvo a punto de tragarme, de no ser por dos hombres que se lanzaron a rescatarme y que aseguran que en esas aguas se han muerto personas expertas, pero confiadas; y la nostalgia que me provocaba estar lejos de mi madre, quien falleció el año pasado después de treinta y seis años de lidiar con la diabetes

y siete con la depresión. Su muerte me enseñó tanto como su vida.

Teresa, mi madre, fue una mujer de trabajo, luchona, una guerrera en toda la extensión de la palabra, sobre todo cuando de defender a sus cachorros y su terruño salitroso se trataba; sin embargo, al deprimirse, perdió el sentido de la vida y se sentó a esperar la muerte. No hubo medicamentos ni afectos que logran sacarla a flote. En sus últimos meses de vida me comentó en varias ocasiones que la cruz de las teresas era sufrir siempre, que por favor no me dejara vencer por el estigma de mi nombre, que perdonara a mi padre y lo apoyara en su vejez.

Ahora, a un año de su partida y a pesar de poner en tela de juicio dicho estigma, vuelvo a refrendar mis votos para no dejarme vencer ni por mi nombre ni por mi enfermedad, "la maligna obesidad". Sigo bajo supervisión médica y, hasta el momento, no ha habido complicaciones relacionadas con el *bypass* y he logrado mantenerme en un peso razonable.

Mis visitas al Hospital Gea González son menos frecuentes, pero cada vez que voy y veo los asientos de la clínica de obesidad repletos de pacientes, principalmente mujeres, que luchan por deshacerse de sus kilos de más, me invade una gran tristeza y un profundo deseo de que logren su objetivo para volver a "vivir".

Cuando regresé a México tuve la suerte de que Agustín Estrada volviera a ofrecerme trabajo en la Biblioteca del Faro, aquella que conformé cuando andaba arrastrando la cobija y en la cual he permanecido hasta la fecha.

La obesidad, castigo divino, como dicen mis detractores, me impidió paulatinamente la realización de todas mis actividades cotidianas de manera normal. La enfermedad propició contradictorios sentimientos y desolación. Trataba de

llevar una vida “normal”, pero cualquiera se percataba de la dificultad que representaba lidiar con el peso y con la crítica malsana y destructiva. Ahora, después de mucho trabajo y disciplina, he retomado las riendas de mi vida y procuro disfrutar de cada uno de los días que se me han concedido después de tantas pruebas.

Soy un poco aprensiva y eso también influyó para que padeciera dos parálisis faciales, una cuando tenía dieciocho años y la última hace tres; no obstante, he aprendido a controlar mejor mis emociones.

Lo que aún me preocupa un poco, pero sólo un poco, es que mi padre y mi hermano Alfredo no han superado mi rebeldía y, por ende, no tenemos buenas relaciones. Mi hermana Elena tampoco perdona que me haya ido a Miami a probar suerte y a seguir mi camino, pero, con el tiempo y un ganchito, reconocerá, quizá, que ya no soy *Teresa Obesa*, como me nombraba, y que mis pies tienen mucho que andar antes de permitir que un sofá me sepulte.